

cio para fines de Setiembre. San Francisco de Borja escribió al santo patriarca rogándole que tuviese á bien dejarles al P. Araoz. Otras personas quisieron acudir al emperador é interponer la autoridad de éste para impedir la salida del Padre. Con todo eso, el jesuíta se dió buena maña para frustrar suavemente aquellos piadosos empeños, y aunque no tan pronto como quería, por fin se embarcó el 5 de Noviembre de 1542, acompañándole el tierno sentimiento de toda la ciudad.

Tampoco esta vez lograba la Compañía asentar el pie en España. Entretanto iba Dios despertando vocaciones para nuestro Instituto en varias regiones de Europa. Al principio de 1543 contaba Ignacio unos ochenta discípulos (1), y aunque muchos eran jóvenes que no habían terminado sus estudios, con todo eso el celo multiplicaba las fuerzas, y una veintena de hombres (no eran más los operarios disponibles) asombraba con su fervor en algunas ciudades ilustres de Europa.

En este mismo año de 1543 podemos fijar la entrada estable de la Compañía en nuestra patria, pues entonces se acomodó en Alcalá el humilde Hermano Francisco de Villanueva, que había de fundar en aquella villa el más fecundo de nuestros colegios. De ello hablaremos en el capítulo siguiente. Por ahora sigamos los pasos de los misioneros Araoz y Fabro.

Disponíase este año el matrimonio de Felipe II, príncipe entonces de España, con D.^a María, hija de Juan III de Portugal; y como este rey era tan amigo de la Compañía, solicitó que un Padre de ella acompañase á su hija al entrar en España. Por su parte, el P. Simón Rodríguez indicó á San Ignacio la buena oportunidad que este hecho ofrecía para introducirse en Castilla, é insinuó que la persona del P. Fabro sería muy á propósito para el caso (2). Aprobó el santo la idea, y escribió á Colonia mandando á su primer discípulo, que con los PP. Juan de Aragón y Alfonso Álvaro, pasase luego á Portugal.

que para el principio ó fin de Setiembre se volviese á Roma. Se ve, pues, que Araoz había sido enviado solamente á Barcelona, y para pocos meses. ¿Qué comisión traía? Posible es que, como era tan conocida la virtud del virrey de Cataluña, San Francisco de Borja, y el gran valimiento que gozaba con el emperador Carlos V, quiso San Ignacio ganar la voluntad de tan ilustre magnate, y por medio de él abrirse camino hasta el emperador, para conseguir con el tiempo el reconocimiento de la Compañía en los Estados de Carlos V. Quizá con este propósito era enviado el P. Araoz á Barcelona.

(1) Orlandini, *Hist. S. I.*, l. iv, núm. 1.

(2) Polanco, *Hist. S. I.*, t. 1, p. 119.

Púsose en camino Fabro; pero llegando á Lovaina, con intención de embarcarse en Amberes (1), le sobrevinieron unas fuertes tercianas, que en más de dos meses no le permitieron levantarse del lecho. Con esto perdióse la ocasión de acompañar á la infanta portuguesa, quien entretanto celebró sus bodas el 13 de Noviembre de 1543 en Salamanca; y como de Alemania instaban al papa y á San Ignacio para que les dejase á Fabro, envióse orden de Roma para que, mandando á Coimbra varios estudiantes nuestros que cursaban en Lovaina, volviese el Beato á Colonia á continuar sus fructuosos trabajos apostólicos.

6. Pero la idea de introducir la Compañía en la corte de España con la poderosa recomendación de Juan III, era muy buena, y no quiso Ignacio abandonarla, aun cuando había pasado la buena ocasión del matrimonio de D. Felipe. Despachó, pues, para Portugal, á fines de 1543, al P. Araoz, con seis compañeros, á quienes el mismo Araoz da los nombres de Cesáreo, Jacobo, Martín, Sabatino, Juan y Hernando (2), jóvenes jesuítas que debían continuar sus estudios en Coimbra. Hasta Savona hicieron el camino á pie, sirviéndose unos á otros con sencillez y caridad, y tomando cabalgaduras solamente por algún tiempo para dos que estaban enfermos. Ejerció su celo Araoz en Savona, y hallando una nave que se dirigía á España y estaba allí esperando viento favorable, logró que el capitán y veintiocho marineros hiciesen una buena confesión y se acercasen juntos á la sagrada Mesa. Conmovió este espectáculo á los ciudadanos, y ocurriendo entonces las fiestas de Navidad del año 1543, acudió gran multitud de penitentes á los pies del P. Araoz, y se experimentaron mudanzas de vida muy edificantes. Terminadas estas faenas apostólicas, hicieron á la vela los Nuestros, desembarcaron en Palamós, y llegaron á Barcelona á principios de Enero de 1544 (3).

Deseaba Araoz partirse luego para Valencia, adonde le llamaba un negocio importante; pero las grandes lluvias é inundaciones le de-

(1) *Epistolae mixtae*, t. 1, p. 153. *Memoriale B. Petri Fabri*, p. 335.

(2) *Epistolae mixtae*, t. 1, p. 149. Polanco (*Hist. S. I.*, t. 1, p. 118) y Orlandini (*Hist. S. I.*, l. iv, núm. 52) dicen que fueron cinco los compañeros de Araoz; pero en esta carta habla el mismo Araoz de los seis nombrados, diciendo cómo caminaba cada uno. El yerro de los dos autores citados tal vez provenga de haber tomado dos nombres por un solo sujeto, lo cual nada tiene de extraño en aquel tiempo, en que se nombraba á los individuos muy comúnmente por el nombre de pila, y se mezclaban muchas veces los nombres con los apellidos.

(3) *Epistolae mixtae*, t. 1, p. 158.

tuvieron en la capital del Principado algunas semanas. En ellas desplegó su celo como en los dos viajes anteriores, y el fruto correspondió copiosísimo á sus trabajos. Ya no era virrey San Francisco de Borja, pues por la muerte de su padre había ido el año anterior á Gandía; pero el marqués de Aguilar, que le sucedió en aquel puesto, protegió decididamente los intentos del P. Araoz. Una cosa buena logró éste con el favor del virrey, y fué el reprimir algún tanto la licencia de las costumbres públicas. Organizó una cofradía de personas que se obligaban á frecuentar los santos sacramentos (1), y también se empleó, como las otras veces, en dar los Ejercicios á varios hombres virtuosos, de los cuales entraron algunos en la Compañía. Hacíanle vivas instancias para que se quedase en Barcelona toda la cuaresma; pero él, siguiendo las instrucciones de San Ignacio, luego que las lluvias cesaron y le permitieron caminar, salió para Valencia, adonde llegó el 24 de Febrero (2).

El negocio que le llevaba á esta ciudad era la fundación de un colegio, que deseaba establecer allí con sus bienes el P. Jerónimo Doménech. En el próximo capítulo referiremos el éxito de este asunto. Por ahora sigamos el curso de las faenas apostólicas del P. Araoz. Si en Barcelona fué escuchado con gusto, en Valencia se excedió á sí misma la devoción popular. Predicó el primer día de cuaresma (27 de Febrero) á ruego de los duques de Calabria, que le enviaron á visitar cuando supieron su venida. El domingo siguiente, 2 de Marzo, ocupó el púlpito de la catedral. Véase lo que cuenta el mismo Araoz en carta al P. Doménech: «Fué tanto el auditorio, que no sólo al púlpito, mas aun á la sacristía, no se pudo llegar sino con trabajo. Después de comer [prediqué] á la Madre de Dios y de los pecadores, que es la casa de las convertidas, que está al portal de Cuarte en una plaza. Fué tanta gente, que algunos estuvieron sin comer, y otros comieron en la iglesia lo que pudieron; tanto, que cuando fuimos allá, la iglesia y la plaza de fuera, las ventanas y tejados y la muralla, estaba ocupada de gente; porque aun yo tuve mucho que hacer de poder pasar á la portería del monasterio, que á la iglesia no pudiera, dándome, los que estaban fuera, voces, que hiciese sacar el púlpito fuera, y así, se sacó á la plaza, donde había tanto concurso, que para mí fué mucha confusión; que aun la condesa de Palamós, que vino allá, con dificultad tuvo lugar para bien oír. Y con haber tanto pueblo, por la bondad del Señor estuvieron

(1) *Epistolae mixtae*, t. I, p. 166.—(2) *Ibid.*, p. 160.

con tanto silencio, que pienso, antes me cansara yo de hablar, que ellos de oír. Y así fué que, según me dicen, en los dos sermones prediqué más de cinco horas, y fué el Señor tan benigno, que unas nubes, pareciendo que quería llover, sin hacerlo, nos hicieron sombra» (1).

Cuando el P. Araoz hubo arreglado el negocio del colegio, dispuso su viaje para Portugal. Fué á despedirse de los amigos, y entre otros, de los religiosos de un monasterio donde había predicado. Dirigióse allá, acompañado de algunas personas, y viéndole pasar el pueblo, sospechó que iba á haber sermón. Corrió esta voz por varias calles, y al punto afluyó tanta gente al monasterio, que cuando acabó la visita el P. Araoz, le avisaron que estaba la iglesia llena de un numeroso concurso dispuesto para oírle. Fué preciso subir al púlpito é improvisar algo, para saciar el hambre de la divina palabra que se mostraba en tan devoto auditorio (2).

Desde Valencia hizo una breve excursión á Gandía para saludar al santo duque Francisco de Borja, quien se aprovechó en el espíritu con la conversación de Araoz, y ofreció contribuir á la fundación del colegio de Valencia. De Gandía enderezó el misionero su camino á Portugal. Al pasar por Madrid, predicó un sermón á las infantas, las cuales le quisieron detener hasta Pascua; pero él no condescendió con estos deseos, y continuó su viaje hasta Coimbra, donde entró el Martes Santo, 8 de Abril de 1544 (3). Grandísimo consuelo recibió en ver aquel colegio, el más numeroso de la Compañía, donde moraban unos sesenta religiosos, aplicados la mayor parte á los estudios, pero que con todo trabajaban bastante en obras de caridad espiritual y aun temporal con los prójimos. «Entrando en Portugal, dice Araoz, oía mucho hablar de los Apóstoles cosas muy edificativas, que llámanlos así» (4).

Efectivamente, duró bastante en Portugal y en sus colonias este nombre, desmedidamente honroso, que el pueblo impuso á los Nuestros, pero que demuestra cuál sería la vida y celo de aquellos primeros jesuitas, cuando dió ocasión á que se les impusiera tan honorífico apellido.

(1) *Cartas y otros escritos del B. P. Fabro*, t. I, p. 402.

(2) *Ibid.*

(3) *Epistolae mixtae*, t. I, p. 162. De camino se detuvo un día en Galapagar donde gozó mucho visitando al buen Dr. Ortiz. (*Ibid.*, p. 166.)

(4) *Ibid.*

Ocho días permaneció Araoz en Coimbra, de donde se trasladó á Almeirín (1), residencia de los reyes en aquella temporada, y donde á la sazón se hallaba también el P. Simón Rodríguez enfermo. Fué recibido de los monarcas portugueses con extraordinario cariño. Preguntábanle minuciosamente todos los incidentes de su viaje, y todo cuanto sucedía á la Compañía fuera de Portugal; hicieronle predicar en su presencia, y después de prodigarle todas las muestras de amor y respeto que podía desear, trataron de remitirle á Castilla. Juzgóse oportuno para esto esperar la venida del B. Fabro, á quien se habían comunicado nuevas órdenes para dirigirse á Portugal. Por eso se detuvo Araoz cuatro meses, hasta la llegada de su compañero, el cual desembarcó en Lisboa el 24 de Agosto de 1544.

8. Ya, por las noticias que les había dado el P. Simón, tenían los reyes altísimo concepto de Fabro. Cuando le trataron creció la estimación á tal punto, que en vez de despacharle bien recomendado para Castilla, como era el plan de San Ignacio, quisieron detenerle á su lado para aprovecharse de su celo en Portugal, y, en efecto, le detuvieron algunos meses. Sucedió con Fabro ahora lo que cuatro años antes había ocurrido con San Francisco Javier, quien, llamado á la corte portuguesa para pasar á las Indias, era detenido por la piedad del rey en Lisboa ¡Dichosos reyes, que así sabían conocer el mérito de los hombres espirituales, y con tanto afán procuraban tenerlos en sus estados! «Es para dar incesables gracias á Dios nuestro Señor, dice el P. Araoz, de la cristiandad y celo de estos príncipes, y del mucho concierto y reformaición que en su corte tienen» (2).

9. Sin embargo, cediendo á las poderosas razones que militaban en contrario, dió licencia Juan III para que Fabro y Araoz se dirigieran á Valladolid. Proveyólos de cuantas recomendaciones podían desear, y después de darles extremadas muestras de amor, los despidió en Évora el 4 de Marzo de 1545. De Évora pasaron á Salamanca. Apenas era conocida en esta ciudad la Compañía; pero como había allí dos insignes maestros, Fr. Francisco Victoria, dominico, y Fr. Alonso de Castro, franciscano (3), que habían tratado en París al P. Fabro, y le tenían especial amor, encontró en ellos toda la protección que podía desear. Pocos días se detuvieron nuestros Padres en Salamanca; pero en ellos Araoz, con un brillante sermón, y Fabro con

(1) *Epistolae mixtae*, t. 1, p. 163.

(2) *Ibid.*, p. 169.

(3) Polanco, *Historia S. I.*, t. 1, p. 160.

sus conversaciones espirituales, dieron á conocer ventajosamente á la Compañía. Quisieran muchos detenerlos algún tiempo en aquella ciudad; pero no accedieron á este deseo los Padres, pues urgía el presentarse en la corte, para que, obteniendo el reconocimiento oficial, digámoslo así, del Poder público, pudiese la Compañía obrar con más desahogo y libertad en toda la monarquía. Entraron en Valladolid los Padres el 18 de Marzo de 1545 (1).

(1) He aquí cómo precisa el B. Pedro Fabro los datos cronológicos de este viaje: «*Die quarta mensis Martii. Licentatus Araoz et ego, obtenta tandem licentia a rege Portugalliae, recessimus ab Eborae; et in die sancti Gregorii, Salmanticam pervenimus; die autem decima octava, qua scilicet celebratur festum divi Gabrielis, Vallisoletum.*» *Memoriale*, p. 362. Lo mismo afirma el P. Araoz, quien, escribiendo á San Ignacio desde Valladolid el 25 de Marzo, dice así: «Hoy hace veinte dias que partimos de Évora.....; llegamos en esta corte hoy en ocho dias.» *Epistolae mixtae*, t. 1, p. 202. Por eso llama la atención que la carta 61 del B. Fabro (*Cartas*, etc., t. 1, p. 256-385) esté fechada en Évora, 20 de Marzo de 1545. La edición se hizo, no por el original que se ha perdido, sino por una copia-traducción, que se halló en Évora. Posible es que el traductor ó el copista añadiese un cero, escribiendo 20 de Marzo en vez de 2 de Marzo.